

tros aborígenes con los creadores de esa cultura milenaria que ha sembrado de monumentos la India, la China o que se ha esparcido por las islas del Archipiélago Malayo, o la Polinesia? El barroquismo que caracteriza a la cultura de allende y a la de aquende el Atlántico ¿tienen alguna relación entre sí? Hay ciertas afinidades espirituales que explican similitud de fenómenos. Estas interrogaciones quedarán probablemente sin respuesta jamás. Lo que sí es positivo, es el contacto que durante la época colonial tuvo el Oriente con la Nueva España. Iban y venían los galeones de la China con las mercaderías que producían los orientales y llevaban de México y del Perú los objetos que en los dos grandes Virreinos se producían. Sedas y marfiles, el ébano y el bronce quedaban en los caserones de la Nueva España como muestra de lo que producía la China misteriosa, el Cipango y el Catay que estimularon el descubrimiento de América en los relatos de Marco Polo. Y la alfarería en azulejos y tibores daba la muestra a los que trabajaban el barro en la Puebla de los Angeles. No estábamos tan lejos del Archipiélago que recibió el nombre del segundo de los Felipes. La cultura injertada en el tronco filipino fué la misma que sirvió de estímulo a la que frondosamente se desarrolló en la Nueva España. La Universidad fué hermana de la Real y Pontificia de México. Su vida fué semejante a la que llevaron los habitantes de la Nueva España.

En esa ocasión recuerdo haber expresado una idea que ha venido siendo el *leit motiv* de muchas elucubraciones mías y que va siendo continuada por la afirmación de escritores contemporáneos de campanillas. Reciente estaba la discusión que se desarrolló en torno a un supuesto meridiano de la cultura hispánica. ¿Pasaba ese meridiano por Buenos Aires o por Madrid? Sostuvieron los españoles la preminencia de la metrópoli como lugar de cruce de la línea que da vuelta al mundo. Defendieron los argentinos Buenos Aires como ciudad digna de esta trayectoria. Podría haberse sostenido con éxito el meridiano de México o el del Perú o el de Santiago de Chile, sobre todo si se tenía en cuenta el desarrollo de la producción editorial en esta última en los últimos años. No se llegó a un acuerdo ni podía llegarse porque el problema no se planteó correctamente y porque en su enunciación intervenían una serie de factores que no era posible aislar válidamente.

No cabe duda que en la historia del mundo si puede considerarse un meridiano de la cultura o mejor si se quiere en la rotación del mundo y en el transcurrir de los siglos, la sede máxima y representativa de la cultura ha venido desalojándose en sentido inverso del de la rotación de la tierra, de oriente hacia occidente. Si es cierto que China fué el más antiguo asiento de la cultura, aunque sus brotes más selectos los ha dado en una época relativamente reciente. Si en la India nace el germen de nuestra lengua y la raíz de un tronco cuyas ramas se extienden más tarde por toda Europa y los eslavos, y los sajones y los francos y los griegos y los latinos participan de su savia, es cierto también que más tarde el Asia menor fué la cuna de otros importantes núcleos de cultura: caldeos y asirios, fenicios y hebreos, y que de ahí la translación a la Grecia del Asia Menor primero, a la del Archipiélago después y a la de Atenas más tarde, ápice soberano de la cultura helénica. Realizándose así esa carrera de la Antorcha que ya conocieron los helenos también, que seguía el mismo viaje del Sol como si pretendiera que la luz no se apagara al girar de la tierra en busca de la misma luz. El Egipto era una es-

pléndida excepción de esta teoría. Y es que el Egipto ha sido siempre algo aislado en el resto del mundo. Don del Nilo, según la frase tan socorrida y tan citada, sus hombres han visto correr los años y los lustros y los siglos haciendo las mismas cosas, desempeñando los mismos oficios y presentando la misma resistencia a las corrientes de fuera que presentaron los *fellahs* de la época de los constructores de las Pirámides.

Roma heredó de Grecia una cultura en pleno desarrollo y la acrecentó con elementos propios de su genio. No fué ya el pensamiento de un pequeña ciudad o de un reducido centro de trabajo. Pensó en la universalización, en la catolicidad que realizó más tarde la Iglesia y el Mediterráneo sirvió de centro de actividad a los que llevaban por los ámbitos del mundo conocido el pensamiento de Grecia, la organización y disciplina de Roma, la nueva religión nacida en el oriente, la jerarquía creada por la Iglesia. El Mediterráneo siguió siendo el centro de actividad del mundo a través de la Edad Media, aunque la penetración en el continente creara nuevas formas de convivencia en las Galias y en Germania; en España y en Portugal, y en las propias Islas Británicas que comenzaban a elaborar formas que adquirieran más tarde pleno desarrollo. Pero siempre desalojándose hacia el occidente.

Para mí una de las características más acusadas del Renacimiento fué, precisamente la de haber transformado la cultura mediterránea en atlántica. No podía conformarse el hombre con los estrechos horizontes que dibujaba el medio día de Europa y el norte del Africa. España y Portugal estaban apercebidas para la gran aventura. Miraban hacia el mar. Invitación al viaje que los recios marinos de Lusitania no podían desdenar y fueron ellos y los españoles los que se decidieron a realizar el viaje y desvelar el misterio de ese mar ignoto que se extendía más allá de las islas que cons-

tituían la avanzada del mundo conocido. Poseídos de ese espíritu de aventura propia del Renacimiento, abierto su espíritu a todas las inquietudes de una época tan semejante a la nuestra, cerraron con sus viajes un capítulo de la historia de la humanidad para abrir uno nuevo que quizás esté también para clausurarse en los trágicos tiempos que vivimos.

América se interpuso en la ruta hacia las Indias. Grave contratiempo que le sucedió al almirante, no extraño al Renacimiento que se complacía en oponer barreras en el camino que sus hombres seguían. Si buscaban a la naturaleza, tropezaban con Virgilio, si querían llegar al oriente, el murallón de Andesia, como quieren los bolivianos que se llame a este continente, les cerraba, con resolución, el paso. Aquí se sembró la semilla que está a punto de florecer. Tres siglos de preparación, han sido necesarios para que América comience a producir sus frutos. Siempre la trasladaron del Meridiano hacia el Occidente.

Europa quedará aniquilada después de esta horrenda catástrofe que aflige a la humanidad. Ruinas materiales y ruinas morales quedarán sembradas por doquier. América sufrirá en la contienda; pero cuenta con reservas no agotadas todavía, con una riqueza potencial incalculable y con una población que no participara directamente en la contienda. Es la hora de América. La esperanza del mundo está puesta en ella. La cita con el Destino de que ha hablado recientemente el Presidente Roosevelt. Cada uno de los pueblos que han tenido en su manos la antorcha han concurrido a su hora a la cita. América deberá hacerlo en el momento oportuno, encenderla a su vez, crear su propio tipo con las mejores esencias que se consumen después del cataclismo. Obra de lustros, de siglos. tal vez, que serán instantes en la historia de la Humanidad.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

México, D. F., enero de 1942

La voz del espíritu y del saber

(De *Hoy*. Santiago de Chile, 29. enero del 42.—Envío de don Joaquín Larrain, Encargado de Negocios de Chile en Costa Rica).

"A nuestros colegas de la Universidad de Chile:

"Debido al receso de vacaciones, no nos ha sido posible consultar el parecer de todos nuestros colegas universitarios.

"En esta situación y creyendo interpretar su sentir, nos permitimos, con estas líneas, enviarles un mensaje que, con particular afecto, lo hacemos extensivo a nuestros alumnos.

"Conocida es la misión que a las Universidades corresponde en la formación espiritual de los hombres y en la vida de los pueblos; pero, para la debida realización de su labor científica y cultural, es indispensable la existencia de un medio ambiente adecuado.

"En los distintos países americanos y europeos, sus catedráticos han adoptado una decidida posición de beligerancia, en defensa de las doctrinas democráticas.

"Cultura y democracia son conceptos que se identifican: las Universidades han contribuido a forjar las democracias y éstas, a su vez, han permitido el libre desarrollo de las facultades intelectuales del hombre, base moral de la libertad.

"Bajo los regímenes dictatoriales se conculcan las libertades de cátedra y de prensa y se somete a censura previa la exteriorización del pensamiento en sus variadas formas.

"Bajo el imperio de la democracia, la cultura—cuyo centro máximo de difusión es la Uni-

versidad,—se desenvuelve en toda su amplitud, y así pueden trabajar el investigador en su laboratorio y el maestro en su cátedra.

"En nuestro país se avecina una elección presidencial, cuyos resultados serán de innegable influencia para el porvenir de nuestra patria y para los destinos supremos de la Universidad.

"Los profesores infrascritos, poseídos de nuestra responsabilidad de educadores, no podemos adoptar frente a ella una cómoda posición de espectadores indiferentes. Somos los herederos de la honrosa tradición de la casa de Bello. Tenemos el calificado mandato de conservarla para su transmisión intacta a las generaciones venideras.

"En nuestro carácter de miembros de la Universidad de Chile, y conscientes de la independencia de nuestros espíritus, hemos resuelto expresar públicamente nuestra adhesión a la candidatura de don Juan Antonio Ríos, que representa un ideal de pura democracia para el gobierno de un pueblo libre".

(Fdos.): Arturo Alessandri Rodríguez, vicerrector de la Universidad de Chile y Prof. de Derecho Civil; Amanda Labarca Hubertson, Directora de la Escuela de Temporada y Consejero de Educación Universitaria; Pedro León Loyola, Profesor de Filosofía; César Bunster, Prof. de Literatura General Comparada; Francisco Walker Linares, Prof. de Derecho del Trabajo; Eugenio Pereira Salas, Prof. de Historia;